

Domingo II de Adviento, Ciclo C

Todos verán la salvación de Dios

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Baruc 5, 1-9; Filipenses 1, 4-6.8-11; Lucas 3, 1-6



1. En la corona de Adviento, se enciende en este día la segunda vela. Hemos vivido ya una semana del tiempo santo que nos prepara para la Navidad del Año de la Misericordia. Podría decirse que la idea central de las lecturas de este domingo se encuentra en la invitación que hace Juan bautista: *preparad el camino del Señor, allanad sus senderos*. Hacer esto

realidad exige del cristiano que trabaje y se esfuerce ascéticamente para mejorar su vida interior y su comportamiento externo, pues debe haber unidad de vida, coherencia entre lo que se cree interiormente y la práctica externa.

El camino del Señor ha de prepararse con autenticidad de cara a la próxima Navidad, y también de cara a la segunda venida de Cristo. Al final de los tiempos, Jesús vendrá para ser juez de vivos y muertos, dando a cada uno según su conducta. Verdad ésta de gran importancia y que siempre ha de tenerse presente, por si acaso el amor no os mueva a ser fieles a la fe recibida en el bautismo.

2. Hay maneras diferentes de preparar el camino al Señor para la próxima Navidad. Alguien decía que a la Navidad se le está robando su sentido cristiano, se la está vaciando de su auténtico contenido religioso. Y es verdad. Nuestra sociedad materialista, secularizada y hedonista no está en la línea de preparar cristianamente los caminos del Señor. Para ella, "su señor" es el placer, el dinero, la diversión, el poder, las comilonas, los viajes... Y mucha gente prepara la Navidad en esa dirección, olvidando o no admitiendo que, hace más de 2000 años, el Hijo eterno del Padre nació como hombre de las entrañas virginales de María.

Si un cristiano limitara la preparación de la Navidad a preparar compras, regalos, comidas, dulces y cosas parecidas, con alguna que otra añadidura religiosa, habría hecho oídos sordos a la invitación de la Iglesia con palabras del Bautista: *preparad el camino del Señor*. La oración colecta de la misa de este domingo se dirige a Dios Padre pidiéndole que, cuando salimos al encuentro de su Hijo, no permita que lo impidan los afanes de este mundo.

3. Es el propio Juan Bautista el que en su predicación decía: *convertíos, que se acerca el Reino de los cielos*. Ir por caminos de conversión, durante el Adviento, es tener la seguridad de que *allanamos los senderos* en nuestra vida

-senderos de pecado, de tibieza y de falta de fidelidad-, y que nos preparamos para la Navidad con la preparación auténtica, que es la que sólo agrada a Dios. No podemos permitir que nuestra Navidad quede reducida a unas cuantas costumbres coloreadas con una cierta religiosidad y, quizá, con un mayor tono folklórico. Hemos de romper y arrancar de nuestro corazón aquellos apagamientos desordenados y pecaminosos, se trate de personas o de cosas, que hacen peligroso o dificultoso el sendero de nuestro ir hacia el más allá.

El mayor enemigo y el mayor mal del hombre es el pecado, porque le aparta de Dios, porque le puede apartar de *la salvación de Dios*. A pesar de que es esto el pecado, el hombre por debilidad, unas veces, y por maldad, otras, ofende a Dios, a la Iglesia y a sus hermanos con sus pecados y con sus actitudes contrarias al querer de Dios. El Adviento del Año de la Misericordia, tiempo muy especial de gracia, nos invita a acercarnos al Dios de las misericordias, convirtiendo nuestro corazón a Él y dejándonos transformar interiormente por la acción del Espíritu Santo. Como dice la segunda lectura: *así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables, cargados de frutos de justicia*. Objetivo que, en el Año Jubilar de la Misericordia, hemos de intentar alcanzar con la ayuda y ternura del Señor.

4. Es un deber de cada cristiano hacer examen de conciencia y, con la luz del Espíritu, ver en qué cosas concretas le está pidiendo Dios que se convierta. Cada vida es diferente, y cada hijo o hija de Dios tiene sus propios pecados. Siendo esto así, a todos nos vendría muy bien acercarnos al sacramento de las misericordias de Dios, que es la confesión. Decía el Papa Francisco en una catequesis: *quisiera preguntarles..., ¿cuándo ha sido la última vez que te has confesado?... ¿Dos días, dos semanas, dos años, veinte años, cuarenta años? Cada uno haga la cuenta... Y si ha pasado mucho tiempo, ¡no pierdas ni un día más! Ve hacia delante, que el sacerdote será bueno. Está Jesús, allí, ¿eh? Y Jesús es más bueno que los curas, y Jesús te recibe. Te recibe con tanto amor. Sé valiente, y adelante con la Confesión. Por eso, no tengan miedo de la Confesión. Uno, cuando está en la fila para confesarse siente... la vergüenza, pero luego, cuando termina la confesión, sale libre, grande, bello, perdonado, blanco, feliz. Y esto es lo hermoso de la Confesión*.

Preparar el camino al Señor, de cara a una vivencia auténticamente cristiana de la Navidad, implica también revisar y mejorar nuestro modo de vivir el **compromiso cristiano con los pobres**. Nadie puede afirmar que ha vivido bien la Navidad, si se ha olvidado de los pobres o no ha cuidado la generosidad para con ellos. Escuchemos de nuevo al Santo Padre: *el pobre es el preferido del Señor; él está en el centro del Evangelio. No hay manera más hermosa de anunciar al mundo de hoy la alegría del Evangelio. La opción por los últimos, por aquellos a quienes la sociedad rechaza y deja de lado, es una señal que siempre podemos dar, un signo que vuelve eficaz el testimonio de Cristo muerto y resucitado*.

5. El evangelio proclamado termina de esta manera: *y todos verán la salvación de Dios*. Que con la ayuda de la Virgen Madre acojamos en esta próxima Navidad la salvación que el Niño de Belén nos trae.